

PATRICIA GELLER

*Miénteme
esta noche*

Si nos obsesionamos con algo,
podemos llegar a perderlo todo.

Patricia Geller
Miénteme esta noche

Esencia/Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Patricia Geller, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: marzo de 2020

Depósito legal: B. 1.474-2020

ISBN: 978-84-08-22479-2

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

1

Nicholas Thompson

—Ian, he avisado a mamá de que ya he llegado y me ha felicitado. Te manda besos.

—Bien... Ya casi estamos. —Pongo los ojos en blanco; odio que nunca entable una conversación sobre este tema y que la evada, sin darme opción a que pueda mostrarle mi apoyo—. ¿Estás segura de que no quieres alojarte en mi casa?

—Que no —repito, adormilada, en el coche—. Tú estarás trabajando, así que no tiene sentido que me quede allí, sola. He venido a disfrutar.

—No a visitarme, entendido.

—Nos vamos a ver todos los días, ¿te parece poco? Como era de esperar, mi hermano se queda callado.

En el fondo somos iguales y sé que, a pesar de su insistente propuesta, prefiere que me hospede en un hotel en lugar de hacerlo en su piso. A ambos nos gusta tener intimidad; es decir, estar en contacto, pero ser independientes. Hace tres años que no vengo a verlo, aunque él estuvo en Londres hace seis meses... y, que no volverá pronto, lo tenemos claro.

No somos una familia ejemplar, ¡en absoluto!

Su relación con nuestra madre es distante. Ése el motivo que lo trajo hasta California cuando cumplió la mayoría de edad. Ahora, doce años después, ha conseguido sus objetivos profesionales, hace lo que le da la gana sin dar cuentas a nadie y, debido a sus encantos ocultos, es el soltero de oro que muchas mujeres codician aquí, en San Diego.

Abro los ojos entre bostezos y lo miro de reajo; está bastante serio desde que me ha recogido en el aeropuerto, pensativo. Físicamente somos tan distintos... Es rubio y de ojos marrones, en contraste con mi mirada gris y mi cabello color café. No le gusta que le recuerde el porqué de esas diferencias y yo, para qué engañarnos, opto por no ponerlo de mal humor, ¡menudo carácter tiene! En ocasiones es insoportable, y ésta es otra de las razones por las que he decidido no instalarme en su casa. Me niego a tener que darle explicaciones o acatar normas al invadir su zona de confort. No va conmigo..., y aún menos cuando vengo con ganas de salir, bailar, beber, conocer gente nueva y disfrutar sin prejuicios, tal como me merezco.

Los últimos meses no han sido fáciles y, aquí, me propongo dejar todo aquello atrás.

Me estiro y, más espabilada, me olvido de mi taciturno hermano. Observo a mi izquierda, gozando de las preciosas vistas y relajándome tras el viaje en avión, que no es lo mío. Adoro el ambiente que se respira en California, sus playas.

He de confesar que no dudé demasiado cuando Ian me propuso pasar las vacaciones aquí. Dos meses para mí, ¡por fin...! Aunque mi plan perfecto hubiera sido traer conmigo a mi mejor amiga, Alba, pero en otra ocasión será.

¡Con la falta que nos hacía liberarnos!

Llevo tanto tiempo centrada en mi carrera que he

aparcado un poco el resto, algo nada típico en mí, pues no va con mi forma de ser ni con mi sociable carácter. Sin embargo, necesitaba dar prioridad a los estudios, concentrarme para lograr alcanzar la estabilidad profesional que persigo. Detesto los futuros inciertos. Siempre he de ponerme metas y ambicionar cumplirlas, ver realizados mis sueños. Me gusta tener aspiraciones en la vida, no conformarme.

Suelo ser realista, e inmadura a veces..., si no, ¡qué aburrido sería todo!

Debo admitir, a pesar de lo dicho, que, coaccionada por situaciones y por personas, para no hacer daño, en ocasiones me he comportado de una manera tal que ni me reconocía. Aquí empieza mi punto de inflexión. Quiero recuperar a la Abie que una vez fui, en una de las etapas más felices de mi vida..., cuando nadie me imponía lo que tenía o no que hacer con mi existencia.

—Abie, es ese hotel del fondo. —Ian rompe el silencio—. ¿Qué te parece?

—¿Love on the Beach?

—Sí —comenta a la expectativa; está guapísimo. El traje azul marino le queda muy bien a conjunto con la corbata y combinado con camisa blanca—. ¿Qué me dices?

—Tiene buena pinta —murmuro, distraída.

Observo con atención los jardines que rodean la entrada.

Las palmeras a pie de playa que he visto en cientos de películas están a escasos metros de mí. La estructura es impresionante, con grandes ventanales, blanco. Sin duda alguna, el estilo sofisticado de la parte exterior del hotel evidencia que éste es de cinco estrellas, y que no todo el mundo se puede permitir unas vacaciones aquí. Su elegancia es indiscutible, y queda patente que tiene contratado a un amplio personal cuando veo a varios chóferes y

botones apostados al lado de la robusta puerta de cristal que da paso al interior de las instalaciones para recibir a los huéspedes. El nombre del hotel y los detalles en dorado que acompañan a la visible decoración del exterior le dan un toque único.

—¿Tenías alguna razón especial para escoger este establecimiento y no cualquier otro? —le pregunto, intrigada. Mi hermano estaciona, se abotona la chaqueta de corte clásico, como es él, y se mantiene en silencio, a pesar de saber cuánto me molesta—. ¿Te he dicho que te odio cuando te pones tan misterioso? Me sacas de quicio. Y, por cierto, ¿no tienes calor?

—No. Y esto es un regalo por tu vigésimo quinto cumpleaños y por haber acabado la carrera, que ya era hora. ¿No puedes aceptarlo y punto? Sé lo que estás pensando: caro, lujoso..., que no es tu estilo, pero te sentirás como en casa.

—¿Y por qué lo das por hecho si ya me conoces? —replico, bostezando.

—Mi empresa se ha encargado de la decoración de la cadena hotelera de Tristán Thompson, que es el tío de mi socio, Kellan Brown..., y con el hijo, el dueño de este hotel y primo de Kellan, Nicholas Thompson, he entablado amistad, por lo que me da la garantía que necesito de saber que aquí estarás bien.

—No lo habrás hecho para que me vigile, ¿no? Porque vengo con intención de lo que surja.

—Me parece estupendo. ¿Y de verdad me ves en ese plan? —protesta, a la defensiva—. Además, créeme si te digo que Thompson jamás se prestaría a algo así, y yo aún menos. Soy tu hermano mayor, pero nunca me he metido en tu vida. Si tienes que aprender, que sea equivocándote, por lo que no seré yo quien te frene. De lo contrario, con John...

—Por tu bien, ni lo menciones.

—Mejor. —Aprieta los dientes—. Vamos, te acompaño a recepción.

—Un segundo.

—Date prisa.

—¡Que sí, Ian!

Me miro en el espejo retrovisor, analizando el cansancio en mi bronceado rostro. Aun así, y a pesar de las ojeras, mis ojos no han perdido el brillo que tanto me define..., esa frescura que, con cinco años menos que mi hermano, siempre está presente, a diferencia de lo que le ocurre a él. El viaje no ha sido de mi agrado, pues me da pánico volar y no he podido descansar. Necesito una buena ducha y una larga siesta y, más tarde, me espera una cena con Ian.

Hoy es mi cumpleaños y ¡toca celebrarlo!

—¿Sales o te vas a quedar ahí? —protesta Ian a través de la ventanilla, empleando ese tono tan seco que lo caracteriza últimamente—. ¿De qué te ríes?

—De lo gruñón que te has vuelto. Me aburres.

—Vamos, Abie, no estoy para tonterías.

—Voy, rubio, voy —farfullo por lo bajo—. No me extraña que estés soltero... ninguna mujer te aguanta.

—Gracias por el piropo y, ahora, baja de una vez.

—Ya...

En cuanto me apeo del coche, sé que he acertado en la decisión de cambiarme de atuendo en los baños del aeropuerto y optar por uno cómodo, fresco: *shorts*, camisa de botones con un nudo en la cintura y deportivas; también moño alto.

El calor es insoportable en la zona sur de California a principios de julio. Qué ganas tengo de desconectar en tal paraíso, olvidándome de las obligaciones, presiones y preocupaciones que me han agobiado en los últimos tiempos.

—Entra —me indica, dándole mi equipaje a uno de los chicos que hay en la puerta. Pongo los ojos en blanco,

¡puedo hacerlo yo sola! Son sólo dos maletas y un neceser, por Dios—. Dame tu documentación para registrarte.

—Cuánta urgencia... Cualquiera diría que tienes ganas de deshacerte ya de mí.

—Dame la documentación —insiste, serio.

—Toma, simpático —replico con evidente ironía.

Le entrego los papeles y me quedo atenta a lo concurrido que está el *hall*. Me maravilla coincidir con gente de otros países, de otras culturas, la diversidad, por no mencionar lo que me flipa el hotel desde dentro. Ian habla con la recepcionista, que se halla a su derecha, pero enseguida se percata de mi curiosidad y, vanidoso, masculla:

—Cuando acabes de escanear el vestíbulo, ven, que te enseñaré la parte inferior del establecimiento. Ya me dirás qué te parece el trabajo que hemos realizado. Interiorismos CarBro va en ascenso.

—Ya, me lo imagino —suelto entre dientes—; para poder pagar esto...

—No te preocupes por eso. Además, Thompson todavía no sabe que vas a estar alojada aquí; ahora mismo está de viaje..., y la verdad es que no suelo hablarle de nuestra familia —confiesa, mirándome de soslayo; finjo no prestar atención a su última frase—, pero, cuando llegue, le pediré que me haga una rebaja por tu estancia. Sin embargo, hazme el favor de no agradecerse personalmente, ya me encargará yo. Tiene un carácter especial, sobre todo... con las mujeres; digamos que las trata de una manera un tanto peculiar...

—Ah, ya, es gay.

—¿Qué? No, ¿qué te ha hecho pensar eso?

—No sé, olvídalo. —Hago un aspaviento con una mano—. Me traen sin cuidado los detalles. Y, sí, señor: lo tuyo es morro. ¿Para qué están los amigos? Pues para pedir descuentos y favores.

—Abie, no empieces.

—Bah, que era una broma. Dime, ¿cuánto hace que os conocéis?

—Algunos meses. Se convirtió en un gran apoyo justo cuando lo necesité.

Su voz se vuelve dura, por lo que estoy a punto de preguntarle en qué momento y por qué fue así, pero continúa caminando hacia delante, llevándome al fondo.

Si su intención era despistarme, lo consigue.

Jardines, tres piscinas y un minibar en el centro de éstas terminan por sorprenderme y convencerme de que serán unas vacaciones de ensueño. La playa está a tan sólo unos pasos. El aire que se respira es totalmente diferente al de Londres. Cerca hay más hoteles y bares repletos de gente, que se percibe que disfruta por sus gestos y risas.

A continuación, me muestra la parte izquierda, donde se encuentran los restaurantes y la zona de ocio; imagino que esta área estará más animada por la noche.

Sí..., estoy orgullosa de su trabajo y, evaluándolo como la decoradora de interiores que ahora sí soy, reconozco, en silencio, cuánto lo admiro. Se lo merece, ha luchado muchísimo por ser independiente a todos los niveles. Su ambición nunca le permitió rendirse.

Una vez hemos acabado el recorrido, volvemos a la recepción sin cruzar palabra alguna.

—¿Nada que decir? —pregunta, sin disfrazar su prepotencia.

—Eres el mejor y lo sabes, pero prepárate porque te superaré en breve..., aunque no lo verás, ya que llevaré a cabo mis trabajos en Londres y como no sueles ir por allí...

—Si quisieras, podrías quedarte y formar parte de mi equipo. Estamos a punto de iniciar un proyecto grande con el propietario de este hotel. Piénsatelo. —Percibo la nostalgia en sus facciones ante la idea de que trabajemos juntos. Si no fuese por la distancia, elegiría trabajar con él antes que a mis padres—. Tienes tiempo, Abie.

—Ian...

—Toma, la tarjeta para acceder a la *suite*. Es en la quinta planta, donde también están las demás. Las cuatro restantes son estándares. La tuya es la cuatrocientos noventa y nueve, la última habitable.

—Vale, nos vemos luego.

—Espera. Te acompañan...

—No. —Me niego en redondo—. Puedo sola. Explícaselo al chico y que deje de estar parado detrás de mí, por favor. Me está poniendo nerviosa.

—Abie...

—Que no —discuto en voz baja—. Paso de estar incómoda, ¿sabes lo que es ir en ascensor, en silencio, con alguien que no conoces?

—Créeme que lo sé. Apáñatelas, entonces.

—Está bien, lo haré yo —refunfuño—. No pongas esa cara, prometo ser educada.

Me dirijo hacia el empleado, que me espera amablemente, y con una sonrisa le comento que, si no le importa, prefiero encargarme personalmente de mis cosas. Al principio lo veo dudar; deduzco que por la responsabilidad de ejercer bien su trabajo, ya que esto es parte de sus obligaciones. Luego asiente, dejando mi equipaje en la puerta de uno de los ascensores. Antes de que se retire, me disculpo sutilmente con él.

—Es que esto es demasiado sofisticado para mí —le confieso entre cuchicheos—. No te lo tomes como algo personal, por favor.

—Como desee, no es la única. Bienvenida.

—Gracias.

Disfraza una simpática sonrisa, alejándose sin insistir, lo que consigue hacerme sentir menos culpable por prescindir de sus servicios. Y es que, si lo pienso, sólo a Ian se le ocurriría traerme a un lugar como éste. ¡Qué mala elección para alguien como yo!

Lo ideal hubiese sido un hotel en el que se estuviera de fiesta las veinticuatro horas.

—¿Siempre te tienes que salir con la tuya? —Hago oídos sordos a la protesta de mi hermano—. Compórtate, por favor. No te tomes estas vacaciones como un desahogo para liberarte de la formalidad que debes mantener en Londres. Cuando te vayas, yo seguiré aquí, así que no me comprometas con tu actitud —me exige. Y añade, más brusco—: Recuerda, nada de escándalos.

—Nunca te he fallado —le replico, dándole un beso en la mejilla. Como era de esperar, gruñe ante mi muestra de cariño—. Aunque... ojos que no ven...

—Te veo un tanto desesperada por salir de la rutina. ¿Todo en orden?

—Pues... teniendo en cuenta que he pasado una mala racha debido a que he perdido a mi ex y a una amiga; que me ha resultado duro concentrarme en los estudios y que he estado a punto de abandonarlos; que he tenido problemas con mamá y mi padre... En fin, como ves, la lista es interminable... He venido a desfogarme y no creo que te deba más explicaciones.

—Abie, haz lo que te plazca, pero sin excesos. Y, si puedes, olvida a ese cabrón.

—Eso está hecho. ¿Sabes? Te he echado de menos —declaro a la ligera, restándole importancia a mi frase—. A las nueve, en la puerta principal del hotel.

—Sí; espero que sea una noche especial para ti.

—Mmm..., suena interesante.

Rebusca las llaves del coche en sus bolsillos, caminando sin apartar la mirada de mí, y, antes de desaparecer, no me decepciona, a pesar de su frialdad, y leo en sus labios «yo también a ti».

Negando con la cabeza y sonriendo como una estúpida por la complicidad que sigue existiendo entre Ian y yo, empujo el equipaje hacia el interior del ascensor, le doy al

botón de la quinta planta, tal como me ha indicado, y apoyo la cabeza contra el cristal que tengo detrás. El cuerpo me pesa y tengo los músculos agarrotados, pidiendo a gritos una templada ducha. Mientras espero que las puertas se cierren y el aparato se ponga en marcha, empiezo a cantar la sensual canción *Love on the brain*, de Rihanna, que últimamente me apasiona. Estoy obsesionada con su letra y su melodía.

Las personas que pasan por delante me observan, supongo que doy vergüenza ajena, pero a mí no me importa en absoluto. Soy bastante payasa. En cambio, sí que rezo para que las puertas se cierren y nadie se cuele a mi lado durante el breve trayecto en ascensor.

—Joder —protesto para mí misma—, vamos de una vez.

¿Por qué no sube? Me acerco a la entrada y le doy al botón con insistencia. ¿Nada? Oigo una voz que me alerta de que alguien viene hacia aquí. «No, por favor.»

Odio los silencios incómodos en espacios cerrados. Me agobian muchísimo.

Vuelvo a ocupar mi lugar, con la esperanza de subir pronto. ¡Venga!

—Pues entonces dile que no es su problema, ¿de acuerdo?!

¡Hostia, qué susto!

Mierda y mierda... Entra un hombre al que ni me da tiempo a verle la cara, ya que lo hace como un rayo, sin prestarme atención, hablando alterado por teléfono y dándome la espalda. Intento fingir que no estoy oyendo su conversación, pero, a medida que los segundos transcurren, el tono de ésta va subiendo más si cabe.

Finalmente, las puertas del maldito y traidor ascensor se cierran de una vez.

¡Qué oportuno!

Si es que la mala suerte me viene persiguiendo desde que rompí con todo...

—Es mío —brama mi acompañante, asustándome al propinar un golpe en seco a las puertas del elevador. Un extraño ruido me alarma, pues indica que algo no va bien. Él no le da importancia—. Ya está todo dicho. Para colmo, esto se ha parado de nuevo. Gracias por joderme el puto día. ¡Que os den!

Un momento, me toco la sien. Los sudores fríos empiezan a invadirme.

¿*Esto*? ¿Qué quiere decir *esto*?

Me niego a sufrir un brote. No me produce vértigo quedarme encerrada; sin embargo, la situación no es que ayude..., no con un tipo que ha irrumpido en el cubículo sin saludar, al que no puedo verle el rostro debido a que está mostrándome su amplia espalda y que, además, tiene un carácter aparentemente agresivo. ¿Lo peor? ¡Estoy sola aquí con él!

¿Por qué no le habré hecho caso a Ian?

—Eh... —Con el dedo índice, toco su hombro—. ¿No funciona?

Tengo la sensación de que no se ha percatado de mi presencia hasta que llamo su atención, ya que se da la vuelta lentamente y frunce el ceño una vez que estamos cara a cara. Por su forma de mirarme, no sé a qué atenerme. Lo creo más sosegado o, al menos, aparenta estarlo... La verdad es que no lo sé, no lo conozco de nada. Sus ojos, de un azul profundo, se clavan en mí, obligándome a tragar el nudo que se me ha formado en la garganta.

Es moreno, y alto y musculoso como mi hermano. Diría que puede tener un par de años más que él. ¿Treinta y dos? Quizá me equivoque en eso, pero es muy guapo, con un gran atractivo físico. Va vestido con un elegante traje gris de corte italiano, corbata oscura y camisa blanca. Además, está perfumado con una fragancia tan intensa que ésta se extiende a mi alrededor.

Madre mía..., es el típico buenorro por el que nos

romperíamos el cuello si nos cruzáramos con él por la calle, pues no podríamos dejar de mirarlo hasta perderlo de vista.

—¿To-todo bien?

No sé de dónde me sale la voz frente al exhaustivo examen que hace por cada rincón de mi cuerpo hasta volver a mis ojos; los suyos se muestran coléricos, desencajados, y no me inspiran confianza alguna tras su ataque de ira.

—Quiero decir, ¿vendrá alguien pronto?

—Por supuesto —masculla con un carraspeo, tecleando en el móvil. No tarda en observarme y añadir a regañadientes—: Ya están de camino.

—¿Tan fácil? —bromeo para quitarle hierro al asunto, pero su postura, tensa y a la defensiva, no varía. ¡¿Qué le pasa?!—. Ejem..., menos mal que es sencillo contactarlos... porque..., para ser un hotel tan caro, ¡con qué ligereza se queda el ascensor trabado! Ha sido un simple golpecito de nada...

—¿Algún problema con este hotel?

—Pues no lo sé..., como quien dice, acabo de llegar. —Señalo mi equipaje sin disimular el sarcasmo. Su tono acusatorio no me ha gustado un pelo y su prepotencia me enerva por segundos—. De todas formas, me lo ha recomendado uno de los jefes de la empresa que lo decoró, y son unas vacaciones pagadas por él. ¿Cómo negarme?

—Un momento... —murmura, ceñudo—. No estarás hablando de Ian Carter, ¿verdad?

—Sí, ¿lo conoces? —pregunto, esperanzada.

—No puede ser. ¿Eres tú la que lo está volviendo loco constantemente?

Su pregunta tan directa me descoloca y su rostro, que manifiesta un excesivo interés, me produce una especie de ansiedad que provoca que hasta me falte el aire. Tanto es así que, como debajo llevo puesto un bikini, me desabrocho el primer botón de la camisa.

Su mirada me atraviesa; casi diría que se horroriza ante mi inocente gesto.

El vértigo me invade ante un nuevo escrutinio.

—A ver... —trato de salir del paso—, *loco* no sería la palabra..., pero me temo que sí, soy quien lo llama a menudo. ¿Lo conoces? Dime que sí. Pensaba que eras un psicó...

—¿Eres consciente del daño que le causas cada vez que lo llamas?

¡Madre mía! Doy un paso atrás. Ahora me estudia como si fuese un bicho raro, y parece indignado. ¿Qué está pasando? Cada vez siento las paredes del ascensor más reducidas, aunque sé que eso no es posible. El agobio está haciendo mella en mí.

—Ahora lo entiendo todo —bufa, negando con la cabeza—. Con estos espectáculos consigues tenerlo a tus pies, ¿verdad? Es patético.

Mi cara debe de ser un poema. ¿Quién narices es este tío?

—¿Perdona? —replico, fingiendo que no me vengo abajo. Odio mostrar debilidad—. No te he visto en mi vida y no entiendo tu actitud hacia mí, que, por cierto, no es nada educada. ¿Daño? ¿Espectáculo? ¿A mis pies? Te estás confundiendo.

—Imposible. No nos habremos visto nunca, pero él habla excesivamente de ti.

—No creo que mal —farfulto, manoteando.

Chasquea la lengua y, con movimientos lentos, empieza a acortar la distancia en el espacio tan reducido en el que estamos. Doy otro paso atrás..., el último que puedo dar.

Su reacción ya me provoca escalofríos.

—No tienes vergüenza aceptando este regalo... aquí, en mi propiedad. No lo pienso consentir, ¿entendido? —Abro los ojos como platos ante su ofensa—. No te ima-

ginaba tan descarada. Si lo aprecias, vete antes de que regrese a buscarte.

—¿Estás desvariando?

—No, pero tú sí, ya que me tomas por idiota, según parece. Ahora me cuadra todo. —Me encierra con su cuerpo, colocando las manos a los lados de mi cabeza, mostrando desprecio. Lo miro a través de las pestañas; apenas tengo espacio—. Vas de inocente, lo llamas cuando te apetece y te escapabas cuando más te necesita. Eres una...

—Basta —balbuceo entre temblores—. No sé de qué estás hablando.

—Mentirosa compulsiva también; era de esperar.

Vuelvo el rostro hacia mi izquierda al percibir su aproximación.

Me llega incluso su aliento, acelerándome la respiración.

El corazón no puede palpitarme más deprisa. Reconozco que su cuerpo tan cerca me suscita un miedo desconocido hasta ahora, que incluso eriza mi piel.

—No es divertido cuando es al revés, ¿verdad? —insiste en torturarme con frases en clave—. Carter tiene razón, no mereces la pena.

—¿Estás loco? ¡Jamás diría eso de...!

Me silencia cuando me atrapa el mentón y me obliga a mirarlo fijamente.

Por un segundo creo que me dará un infarto. En sus masculinas facciones, bastante definidas y endurecidas, adivino su contención frente a mi desafiante actitud. ¡¿De qué va?! La frente se le arruga, y también se le marca una cerca de sus bonitos labios.

—¡Suéltame! —me quejo, sin poder escapar—. *Me-estás-haciendo-daño.*

—Más daño le causas tú a él con tu presencia, aunque necesite tenerte cerca para martirizarse. ¿Por qué lo haces?

¡No doy crédito! ¿Qué les ha contado mi hermano a sus amigos de mí? Entiendo su relación con parte de nuestra familia, pero ¿conmigo? Nunca me he aprovechado de su dinero; es más, es la primera vez que acepto este tipo de regalos tan caros..., por Dios, y además yo misma podría habérmelo permitido. ¡Tengo ahorros!

Estoy tan bloqueada que quiero pensar que, en un momento de enfado, sin pensar con la mente fría, nos ha podido meter a todos en el mismo saco. Raro en él, pero...

—¿Te has quedado sin argumentos? —me presiona con dureza.

—Pues...

Me percató de la gota de sudor que nace en el inicio de su frente, abrumándome más si cabe..., ¡que no creo! Tengo hasta mareo, náuseas. El ambiente tan cargado, cerrado y con un desconocido sobre mí me tiene al límite.

No estoy acostumbrada a este tipo de trato, ni de ataques.

—A ver —contesto finalmente, incrédula y, por qué no decirlo, muy ofendida, enfadada e impresionada—. Esto es absurdo. No tenía ni idea de que Ian tuviera amigos que ejercen de guardaespaldas o de detectives como tú. ¡Es innecesario conmigo!

—Lo dudo.

—¡Pero ¿qui-quién coño eres?!

—No me grites y cuida esa lengua conmigo. Carter y yo somos muy diferentes, te lo advierto... y soy alguien que de verdad se preocupa por él, a diferencia de ti.

—¿Ah, sí? —Pongo los ojos en blanco—. Qué estúpida comparación.

—Carter valora la lealtad. —Me encojo de hombros, asintiendo. Es algo que tenemos en común—. No estás a la altura y nunca lo estarás.

—Me estás poniendo muy nerviosa, que lo sepas.

—Imagino el motivo; estás acostumbrada a que cedan ante ti con facilidad.

—¿Qué insinúas? —lo desafío, altiva.

Libera mi mandíbula, me mira los labios y se muerde el centro del suyo superior, como controlándose, lo que propicia que se me acelere el pulso. La saliva se me atasca en la garganta, no puedo tragar. Él, que se percata de mi desconcierto, dibuja una mueca de asco. ¿Qué mierda me está ocultando Ian? ¿A qué juegan?

—No finjas inocencia, ahora intuyo cuántos han probado esa boca.

—¡Te estás pasando!

Llena de impotencia, lo empujo y, levantando la mano, empleo todas mis fuerzas para darle el bofetón que se merece. Su rostro se gira por el impacto de mi mano contra su dura mejilla. La palma de aquélla hasta me pica. Sin respiración y confusa, me toco los labios, asesinándolo con la mirada. Él se queda unos segundos en la misma postura, sin disculparse, en silencio, hasta que oímos cerca varias voces entremezcladas. Cuando se digna darme la cara tras su injustificada ofensa, descubro que, a pesar de haber sido el único culpable de esta violenta situación, se halla tan desconcertado como yo.

¿Por qué, entonces, vislumbro el odio en su severo semblante?

¿Por qué está acelerado?

¿Por qué sigo temblando?

Lo miro a los ojos esperando ver su arrepentimiento, explicaciones acerca de qué pretende, qué cree saber de mí —¡¿qué cojones le ha contado el rubio para que me trate así?!—, pero todo lo que me encuentro es impotencia..., y las voces nos recuerdan que en breve esto acabará, y que podré poner en aprietos al hotel si denuncio su comportamiento.

¡¿No le importa?!

—Ahora voy a llamar a Ian —lo amenazo desde el rincón más alejado.

Con los dientes apretados, levanta el dedo índice y, amenazante, añade:

—Soy Nicholas Thompson, el propietario del hotel, y te quiero fuera de aquí ¡ya! ¿Me has entendido? —Soy incapaz de moverme o articular palabra tras su afirmación—. Carter no debe saber esto..., y no es un consejo, es una advertencia.

—¿P-Por qué?

—Porque no querrás verlo perder la calma. Después de todo lo que piensa de ti, si quiere seguir manteniendo contacto contigo, aquí no será.

Pero ¿qué malditos códigos maneja con este salvaje?

«¡Reacciona, Abie!» Se acabó. No le pienso consentir ni una más.

—No suelo obedecer a gilipollas, trogloditas y prepotentes. Lo siento.

—En esta ocasión, más te vale.

Sale disparado en cuanto el personal nos libera y las puertas se abren, sin importarle en qué planta nos hayan detenido. Yo me quedo asimilando qué ha pasado, pero no tengo ni idea. Sólo sé que las rodillas me flaquean y que me es imposible entender absolutamente nada..., ni siquiera las sensaciones tan contradictorias que navegan por mi débil cuerpo. Incluso me cuesta pensar con claridad.

—¿Todo bien? —se preocupa un empleado.

—Sí..., gracias.

Sin más explicaciones, aunque con poco equilibrio, vuelvo a pulsar el botón de la quinta planta. No me apetece hablar con nadie sabiendo quién es la persona que me ha intimidado..., indignándome aún más al conocer su identidad.

¿Qué manera es ésa de tratar a sus huéspedes?

Debería mantener la profesionalidad por encima de todo, pese a lo que «sepa de mí». Pero ¿qué sabe? ¡Si mi vida no puede ser más transparente!

Me ha increpado, ofendido y echado.

¡¿De qué va esto?!

¿A este carácter hacía alusión Ian?

¿El numerito será por el descuento que imagina que le piensa pedir?

¡No tiene sentido!

Al llegar a mi destino, cojo mis maletas, arrastrándolas con dificultad, y voy a la *suite* cuatrocientos noventa y nueve. Es la última numerada, y al lado hay otra en la que se indica «Suite privada. Prohibido el acceso», y es con esa con la que realmente finalizan las habitaciones. No atino a la primera, pero finalmente reconoce la tarjeta. Entro lo antes posible para no arriesgarme a volver a cruzarme con Nicholas Thompson, a quien imaginaba más amable y menos... intenso.

Saco el móvil y, mientras contacto con mi hermano, inspecciono la estancia. La *suite*, desde luego, no es una habitación de hotel cualquiera. El violeta la caracteriza en cada pequeño detalle. Lo primero que veo es una sala de estar a la que no le falta absolutamente nada y, contiguo a ésta, está el dormitorio, con una cama enorme situada en el centro y todo tipo de detalles que hacen de la estancia aquí una lujosa experiencia. Al fondo vislumbro una terraza que se comunica con otras, lo que supone tener poca privacidad, pero es amplia y sin duda perfecta para tomar unas copas mientras se disfruta de unas vistas maravillosas: la playa de Pacific Beach. Cuando llego al baño y veo el jacuzzi, casi me desmayo. No he gozado de nada y ya me han invitado a marcharme.

¡Todo parece una cómica pesadilla!

—Ian, ¿me oyes? —me adelanto cuando descuelga.

—Sí, dime. ¿Todo de tu gusto?

—No —confieso, histérica, caminando de un lado a otro—. Creo que a tu amigo no le caigo bien. ¿Se puede saber qué le has contado de mí?!

—¿Kellan?

—No... —Me cuesta pronunciar su nombre—. Nicholas.

—¿Hablas de Thompson?

—Sí, ése...

—No puede ser. Está de viaje.

—Me ha dicho que es el dueño del hotel, y que yo soy la que te está volviendo loco. ¡Joder! Sé que a veces soy pesada, pero no tanto como para que... —Decido omitir el detalle de su cuerpo amenazante intimidándome y añado—: Nos ha dejado encerrados en el ascensor porque iba muy enfadado hablando por teléfono, y luego no ha sido muy simpático conmigo que digamos... ¿Me lo explicas? ¡Estoy muy rayada!

—A ver, tranquila. ¿Estás segura de que era Nicholas? ¡¿Que sí estoy segura?!

Con tan sólo recordar su nombre, el calor me invade. Dejo el teléfono un segundo, me quito la camisa, cojo de nuevo el móvil y salgo a la terraza. Necesito aire; por momentos siento que me ahogo al recordar la escena tan humillante que acabo de vivir.

—¿Abie? —reclama Ian, alarmado—. Habla o salgo enseguida para allá.

—¡Que sí! Él mismo ha sido lo bastante claro respecto a eso..., es el propietario del hotel. Parecía conocerme o... ¡eso creía él! El detalle de que soy la mujer que te estaba volviendo loco ha sido el detonante de un encuentro surrealista y... —Me atraganto, quedándome sin palabras al mirar a mi alrededor—. No puede ser cierto...

—¿El qué, Abie? Me estás poniendo nervioso con tantas frases a medias.

Observo a mi izquierda repetidas veces. ¡No y no!

Maldita casualidad. ¿O no? En la terraza de la habitación de al lado, aquella de cuya puerta cuelga un cartel en el que se puede leer «suite privada», está él..., ¡¡él!!..., sin camisa, con unas mancuernas en las manos y haciendo ejercicio hasta que oye mi voz. Sus ojos no tardan en expresar la rabia que experimenta al verme.

¡Pero ¿por qué?!

No sé cómo, pero adivino sus intenciones al percatarme de la ligereza con la que se desprende de las piezas, prácticamente lanzándolas al suelo, y, sin pensárselo, se aferra a la fina pared de cristal de media altura que nos separa para coger impulso.

Yo suelto el teléfono y salgo corriendo hacia la salida.

De camino a la puerta, salto por encima de mi equipaje, que está en el centro de la habitación, tropezándome con el pie izquierdo; me golpeo el hombro contra el filo del escritorio antes de aterrizar en el suelo. Él me atrapa al vuelo, evitando que me parta los dientes y, no sé cómo, termino bocarriba. Nicholas Thompson queda arrodillado, con las piernas a los lados de mis caderas y encarcelando mis muñecas con sus grandes y ágiles manos... Emito un gemido doloroso al mover la zona que acabo de herirme.

—¡¿No te ha quedado claro antes?! *No-te-quiero-aquí*—me recuerda fríamente, ronco. Desvía la mirada hacia la parte que quiero mover y me duele, rechinando los dientes al toparse con lo que quiera que haya—. Lo que me faltaba, maldita seas. Estás sangrando.

Él se vuelve borroso.

Su enfurecida voz es lo último que percibo...

Es la primera vez en mi vida que no me produce miedo desmayarme. ¡Al revés!

Sólo espero que, al despertar..., esos fieros ojos azules hayan desaparecido.